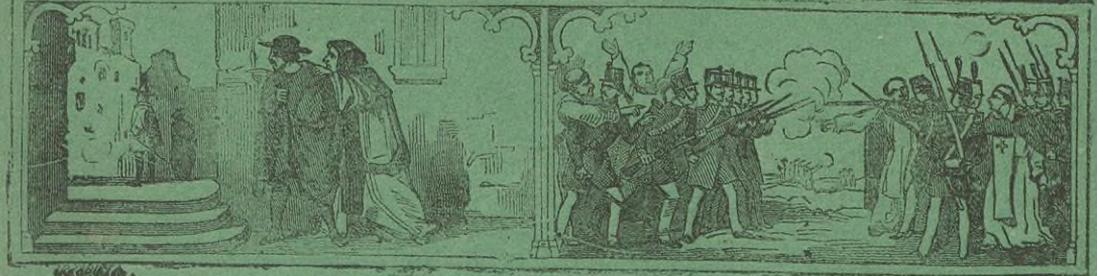
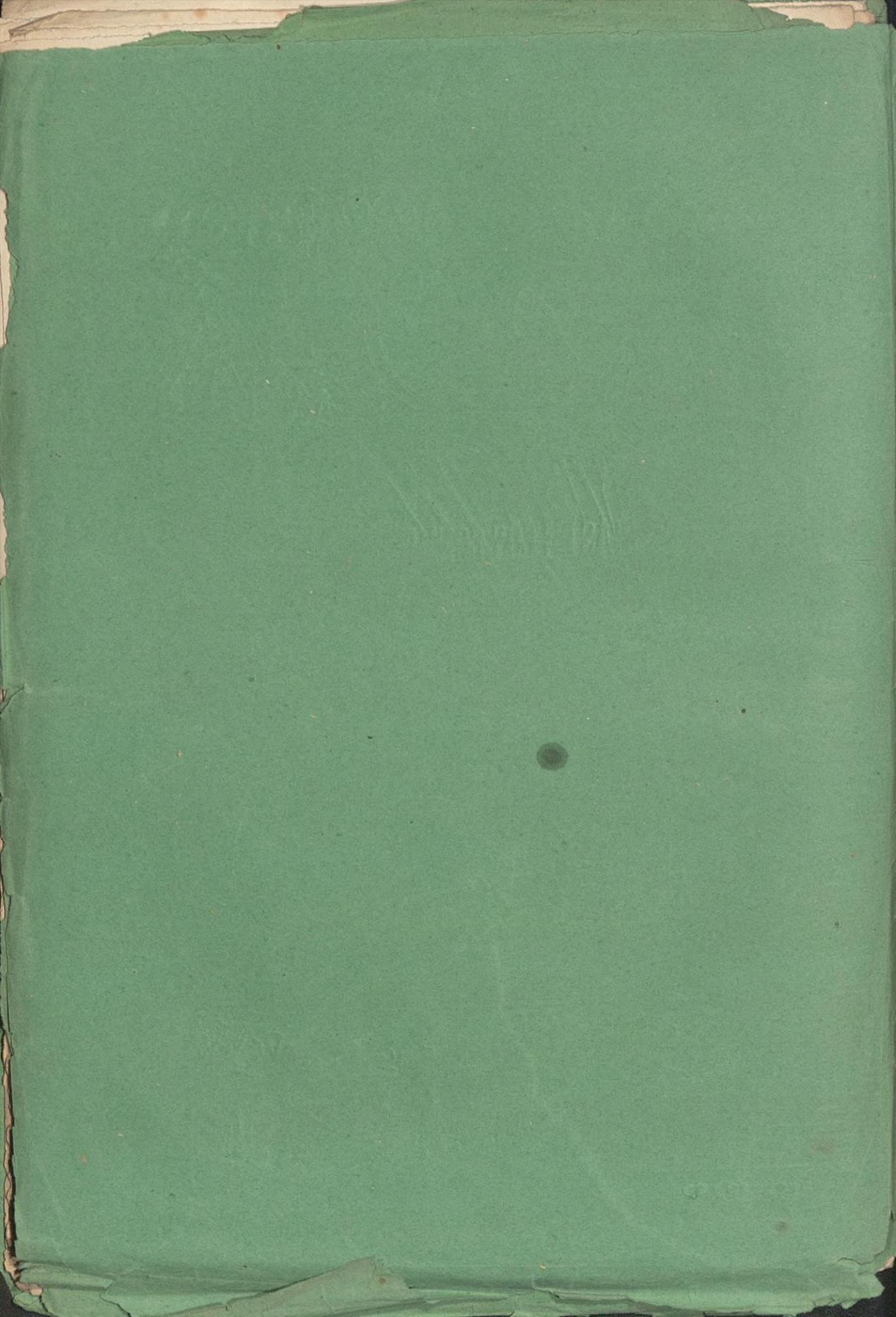




INTRIGAS DE LOS CONVENTOS





—¡Aceptado! exclamaron dos frailes. Cada uno de nosotros interesa por quinientos ducados.

—Ahí va un pagaré por mi parte.

—Yo pongo este relicario por la mia: está valuado en seiscientos ducados; pero abono los cien ducados por no ser materia acuñada.

—¿Admitís estos efectos? preguntaron en coro los dos jugadores.

—Admito porque son de buena ley. Así la firma del vale como los brillantes de la joya me gustan.

—Está bien, añadió uno de los jugadores; mas ahora es preciso que nos deis una garantía por vuestra parte si perdeis.

—Voy á dároslo.

El guardian sacó una cartera del fondo de su manga, rasgó un pliego y escribió en él algunas palabras.

—Ved si está conforme la renuncia del quinto á favor vuestro.

Examinada y hallada en debida forma la declaracion del guardian, el relicario y el vale fueron depositados sobre la mesa. Aquella jugada hubo de llegar á oídos de algunos de los jugadores que ocupaban las mesas inmediatas, cuya curiosidad habiendo sido despertada, abandonaron sus juegos para agruparse al rededor de los jugadores.

Aceptado el envite por unanimidad, se acordó que se jugase á los dados. Hallóse que era pequeña la mesa que ocupaban el guardian y sus compañeros y todos se levantaron para trasladarse á otra bastante espaciosa que habia en el centro del aposento. Siguiéronles los espectadores que fueron ya entonces todos los magnates que habia reunidos en la sala baja, y como acontece comunmente en semejantes casos, instantáneamente se formaron dos partidos, uno que interesaba á favor del guardian y otro por sus contrarios. Las apuestas parciales é individuales menudearon. No se hubiese hecho mas en una riña de gallos ingleses.

Los dados fueron inspeccionados escrupulosamente, y lo fué el vaso que los contenia; porque fuerza es confesar que habia

—Esta misiva equivale á una sentencia de muerte! exclamó el italiano volviendo á leer una y otra vez la epístola del guardian de franciscanos. ¿Por qué querrán deshacerse los frailes del mozo? ¿Tal vez la carta que recibió el guardian esta mañana sea la llave de este secreto? Como quiera este documento, si me es posible mostrárselo al hidalgo, me captará sus simpatías; veámos. Y el italiano despues de haber dado algunas órdenes á su fámulo se lanzó á la calle.

Eran las diez de la noche y todavía faltaban dos horas para dar la de la cita de los conjurados. El jesuita que sabia por experiencia que el tiempo es oro, resolvió aprovecharlo lo mejor posible. Deslizándose como una sombra por las calles de la poblacion, habiendo tomado antes la precaucion de cambiar su capa negra con otra parda y su sombrero tricornio por otro chambergo, encaminó sus pasos á casa del lapidario, y escondiéndose en la sombra que proyectaba la casa en el recodo que formaba la calle en su extremo, resolvió gastar allí una hora de las dos de que podia disponer.

—Si no ha venido, vendrá: la tentacion es irresistible; si ha entrado, saldrá; no será tan imprudente que quiera permanecer aquí escondido. No debo llamar, porque me negarian su presencia y lo perderia todo.

No se engañaba el afiliado secreto de la Compañía de Jesus: conocia muy bien el corazon humano, para poder apreciar debidamente sus sentimientos. D. Fernando habia titubeado un momento; pero pronto su amor habia desvanecido todos los recelos. El hijo del conde se hallaba en aquel instante en los brazos de María, disculpándose de su retardo en ir á verla; pero sin confesarle el verdadero motivo. Ya cumplido uno de los mas imperiosos deberes que le imponia su corazon, el primero quizá, consideró D. Fernando que su seguridad peligraba en aquella casa. Era conocido por los inquisidores su amor á la jóven y podian prenderle despues de haberse fugado. Tambien temia por su amada y por su padre adoptivo; pero ni una ni otro contaban con re-

cursos suficientes para emigrar aquella misma noche. En la imposibilidad de poder hacerlo en el momento, calló al lapidario y á María los proyectos que habia formado y se dirigió á casa de un íntimo amigo, el que conocia todos sus secretos, individuo como él mismo de la sociedad patriótica de la Luz.

Poco despues de haber salido D. Fernando de la casa de María, observó que le seguia un hombre embozado hasta las sienas. El hidalgo iba todavía desarmado; por lo que, sin apelar á la fuga, aceleró el paso para huir la presencia del rondador sospechoso. Sin embargo, á medida que redoblaba sus pasos, hacia otro tanto el desconocido, hasta el momento en que hallándose en una plazuela solitaria, el importuno le llamó por su nombre.

—¿Qué me quereis? contestó D. Fernando.

—Advertiros una cosa que os interesa en alto grado.

—Os conozco por la voz, exclamó el hijo del conde, sois mi tenaz perseguidor.

—Estais en un error, D. Fernando. Si os persiguiera, pudiera haberos preso. Acabais de salir de la casa de María, donde habeis estado una hora desde que me huisteis; habia tiempo suficiente para prenderos, si tal hubiese sido mi intencion. Lejos de esto, vengo á salvaros; oidme por piedad si no quereis perderos.

Don Fernando conoció que aquel hombre tenia razon, y menos desconfiado se acercó. Cuando estuvo á su lado, le dijo.

—Duende, fantasma ó demonio, quien quiera que seais, que hace tres dias sois mi sombra y entre las sombras y el misterio andais envuelto, decidme de una vez que me quereis y dejadme en paz.

—Os lo dije ya: vengaros y vengarme.

—Entonces ¿cómo se esplica que os viese compartiendo amistosamente en el convento con los frailes mis enemigos; que antes me acompañaseis á su casa de recreo, y que últimamente transformado en esbirro de la Inquisicion, quisierais hundirme otra vez en ella? ¿Quereis asesinarne ahora, ya que, merced á la fuerza de mis puños, no pudisteis aprisionarme?

—Repito que, si tal hubiese sido mi intencion, podia prenderos en casa del lapidario y daros muerte al salir, cuando habeis pasado rozándome los vestidos sin verme. Pero lejos de querer causaros ningun daño, me desvivo para daros poder, vida y libertad. Vos me lo pagais ahora con ingratitud; pero vendrá dia en que sereis mi mejor amigo. Tomad, añadió Branca d'Oria, dando un par de pistolas á D. Fernando; ahí teneis estas armas para defenderos en un caso apurado. ¿Necesitais dinero? tambien puedo dároslo: aceptad esta bolsa en clase de préstamo. ¿Quereis compartir conmigo mi pobre albergue? En él estareis seguro y podreis dormir tranquilo. D. Fernando estrechad esta mano que os ofrece un amigo sincero!

El hijo del conde, arrastrado como por un poder mágico, no negó la mano al italiano y aceptando las armas, le agradeció sin admitirlo el dinero y el albergue.

—¿Y á dónde vais ahora? preguntóle el jesuita.

—A casa de un amigo.

—Pues antes debeis acudir á una cita que os interesa mas en el momento; al amigo podreis verle mas tarde.

—¿Una cita decís?

—Sí, á media noche y algo apartada del sitio en que nos hallamos. Yo os acompañaré si me lo permitís.

—Vamos pues; pero ¿podreis decirme el nombre de la persona que me la ha dado?

—No es una sola persona la que ha dado la cita, y son varias las que acudirán á ella; todos son amigos vuestros.

—El lugar donde vamos ¿está á una legua escasa de este sitio? exclamó D. Fernando vislumbrando la verdad.

—Cabal; lleva un nombre muy feo.

—El Castillo...

—Lo habeis adivinado: el castillo del Diablo.

—Me voy persuadiendo de que sois un brujo. ¿Cómo es posible que sepais vos, sin ser individuo de la sociedad, el sitio y hora de la reunion?

—Apresuremos el paso, D. Fernando, dijo el italiano á media voz y volviendo la vista atrás; oigo rumor detrás de nosotros; no fuese que nos sorprendiera alguna ronda, ó quisiera el diablo, á cuya morada nos encaminamos, que nos pillasen los esbirros de la Inquisicion.

Cuando nuestros dos personajes estuvieron á alguna distancia de la poblacion, Branca d'Oría tomó la palabra diciendo:

—Sin que intente hacerme ningun mérito, preciso es que sepais que me he valido de mis antiguas relaciones con los frailes para salvaros; sí, para salvaros de una muerte inminente. Sin mi auxilio, á estas horas hubieseis entregado el alma al Criador en los calabozos de la Inquisicion. Lo que he debido hacer para arrancaros de las garras de estos hombres, sábelo solo Dios. Vos tambien lo podreis apreciar un dia; por el momento básteos saber que el lego que os acompañaba me entregó un pliego, por haberme fingido dependiente del tribunal, en el cual vuestro amigo el guardian encargaba al Ilustrísimo señor inquisidor que despues de haberos sujetado á la prueba del tormento, os hiciera morir.

—¡Es posible! prorrumpió D. Fernando en el colmo de la sorpresa.

—Tan posible, que vos mismo lo vereis, es decir, lo leereis. Entretanto esplicadme, puesto que para mí es un enigma, ¿cómo despues de haber vestido el hábito, es decir, despues de haber complacido como era regular á aquellas gentes, os mandaban otra vez al matadero? ¿Los habeis insultado? ¿Cuán mal hicisteis en no creerme la primera vez que nos vimos en casa de doña Cecilia!

—No os dí crédito, porque desconfiaba de vos, como, fuerza es decirlo, recelo todavía algo. Los hechos sucesivos fueron para mí tan inesperados, que me sorprendieron. Quise luchar, verdad es, pero tenia que hacerlo con un gigante y mis fuerzas no bastaban. Cuando me libré de la Inquisicion, mediante un pacto de obediencia con el guardian de franciscanos, lo hice con el pro-

pósito de engañarle sin faltar á mi palabra ; dos ó tres veces me rebelé contra mi propia resolucion, hasta que por último, viendo que los frailes iban á martirizarme como pudieran hacerlo los inquisidores, me vestí de fraile y fingí prestar obediencia.

—¿No os habló el guardian de una carta que habia recibido de vuestro padre?

—Sí, me habló; díjome que como siempre me profesaba un inalterable cariño.

—Eso no puede ser, repuso el jesuita empezando por sembrar la discordia entre el padre y el hijo. Yo estuve presente cuando la lectura de aquella carta, y si bien el fraile se reservó el contenido, por el semblante que puso y por las palabras que involuntariamente profirió y que un instante despues trató de corregir, sospeché que la tal epístola encerraba alguna disposicion de Don Diego, que siéndoos contraria á vos, debia serlo á los frailes.

—Mañana veré á mi padre y aclararé este misterio.

—¡Imprudente ! exclamó Branca d'Oria; esto equivaldria á correr á vuestra ruina. No querais perderos por segunda vez. Ya os dije la primera vez que os hablé, que vuestro padre seria el primero que os haria traicion; debeis huirle como de un enemigo.

—Considerad sin embargo, que no debo enemistarme con él hasta el extremo de que me aborrezca y desherede. Uniéndome con él mas ó menos estrechamente, tal vez logre un dia vencerle de que las personas que le rodean y de las cuales recibe sus inspiraciones, le engañan villanamente. Mi padre tiene un gran fondo de bondad y confio que un dia vencerá el amor paternal á todos los demás afectos.

—Está bien; pero no ha llegado todavía la ocasion propicia; la llaga está todavía demasiado enconada en estos momentos. Seguid mis consejos, fiaos en mi esperiencia.

—Y bien ¿qué quereis que haga?

—En vez de presentaros á vuestro padre, debeis escribirle ocultando el lugar donde penseis retiraros con alguna seguridad.

Luego, si pensais uniros un dia con esa jóven á quien acabais de ver, es preciso que se aleje de aquí; porque si no pueden perseguiros á vos, ella será la víctima de su furor y el objeto de su venganza.

—Teneis razon; mas tal vez para llevar á cabo este plan hayan de faltarme los recursos necesarios.

—No puedo yo dároslos, porque no los tengo; pero si poseo un secreto de la mas alta importancia, que si [logramos explotarlo, vengándoos de un modo cumplido, tal vez consigamos proporcionarnos algunos medios de llegar á buen puerto.

—Decid ¿qué secreto es este?

—Vos habreis estrañado que conociera algunas particularidades de vuestra vida privada sin tener el honor de ser vuestro amigo; esto ha debido sorprenderos, como era natural, hasta el punto de sospechar si habia en mí algo de mágico; pues bien, ha llegado el momento de esplicaros el enigma.

—Habeis acertado en la palabra: vuestra conducta es un enigma.

—Os ha debido admirar todo esto ¿no es verdad?

—En efecto.

—Pues bien, habeis de saber que se oculta entre vosotros un traidor.

—¿Quién es ese infame?

—Lo ignoro. Pero es un hecho que alguien os vende. Decidme ¿os servís de alguna persona estraña á vuestra sociedad para convocaros? ¿Asiste á vuestras reuniones ó puede oir lo que decís quien puede venderos?

—Solo hay un hombre que pueda hacernos traicion; pero es el caso que este hombre es mudo y enemigo declarado de los frailes; de consiguiente dudo muchísimo que sea él.

—Desconfiad de todo el mundo. Hay un mendigo en la poblacion que conoce todos vuestros secretos y los vende á quien mejor se los paga. Cómo este desgraciado los sabe, es lo que ignoro y que os importa muy mucho á vosotros averiguar. Como

tambien pudiera ser que entre los individuos de vuestra sociedad hubiera un Judas, es preciso tenderle un lazo sin que él pueda sospecharlo. ¡Quién sabe si entre las ruinas del castillo hay algun escondrijo donde se oculta de noche el traidor!

—Bien pudiera ser, contestó D. Fernando reflexionando. El edificio está medio arruinado y sembrado de escombros, y no seria estraño de que este mendigo de quien hablais tuviese su morada nocturna entre las ruinas.

—Como quiera, él habrá sido el que os ha acusado á los franciscanos; y deseando vengaros y vengarme, oid mi plan para poder apoderarnos de este pérfido, ó en su defecto de quien quiera que sea el traidor.

—Ya os escucho.

—No penetreis en el castillo: faltando todavía media hora para la de la cita, es probable que encontremos por el camino á alguno de vuestros amigos. A éste le recomendais ante todo, sin revelarle el motivo, que no diga á los demás socios que os haya visto; de este modo los frailes que os creen en la Inquisicion ó muerto ya, no podrán averiguar por conducto del traidor que os habeis salvado y vuelto á conspirar. En seguida le encargais, que en bien de la sociedad y para descubrir una infidelidad que sospechais, que diga á sus compañaros que, segun revelacion de un anciano, sabe que uno de los antiguos dueños del Castillo del Diablo, era un señor muy opulento y que por tradicion se dice que bajo una piedra tosca del patio del castillo, se halla enterado un gran tesoro que fué escondido en tiempo de la dominacion sarracena, y que se le autorice para buscarlo desde la noche del siguiente dia. Al amigo podreis añadirle que no hay tal tradicion, y que os valeis de este medio para conocer si os es fiel el mudo que os sirve.

—Admirablemente, contestó D. Fernando, aplaudo vuestro ingenio; mas se me ocurre una dificultad, y es cómo podremos averiguar si el espía va en busca del tesoro.

—Esto dejadlo á mi cuidado; si vuestro amigo cumple fielmen-

te lo que acabo de manifestaros, el traidor caerá en el garlito. Yo de lejos observaré y averiguaré quién sea.

—Convenido, repuso D. Fernando; y ahora que ya descubrimos la sombría mole á donde nos encaminamos, fuerza es que nos separemos. ¿Cuándo volveremos á vernos?

—Mañana si os parece, en casa de Doña Cecilia. Tomad, ahí teneis una llave que abre la puerta secreta del pasillo misterioso que ya conoceis; yo vendré á veros sobre el mediodía, si quereis ir á dormir allí esta noche, hallareis cama dispuesta.

—No, iré mañana. Esta noche la pasaré con un amigo.

—No penetreis en el castillo, creed á un amigo que os es fiel y os ha dado puebas. Tomad, ahí teneis la carta que escribió el guardian al inquisidor. Fio en vuestra palabra; quiero ser vuestro salvador y si me creeis, llegareis al colmo de vuestros deseos. Recordad que venciendo vos, alcanzamos un triunfo comun.

—Ya os comprendo, fiad en mi palabra.

Branca d'Oria regresó á la poblacion combinando sus planes del porvenir. D. Fernando de Monforte no tardó en hallar á su paso á uno de los conjurados, á quien encargó advirtiera á su amigo que deseaba verle al pié del castillo. No tardó éste en llegar, y el hijo del conde le refirió en breves palabras lo que habia pasado y lo que le habia encargado su misterioso compañero. Reunidos los conjurados en el salon que ya conoce el lector, despues de haber dado cuenta cada cual de sus actos en favor de la sociedad y de sus ideas de emancipacion liberal, el amigo de Don Fernando con voz clara y sonora, para que pudiese ser de todos oido, declaró la existencia del tesoro en el patio del castillo, y para dar mayor viso de verdad al legado de la tradicion, añadió que constaba en un rancio pergamino que en la piedra que ocultaba aquél, habia una cruz grabada.

—Tan cierto es, señores, añadió, que tras la cruz está el diablo; y nosotros que nos abrigamos en el palacio de tan respetable señor, justo es que no despreciemos sus dones. Mañana por la noche vendré con mis criados, si me lo permitís, para

empezar las pesquisas; y si como es de esperar, nos hallamos con el oro, yo os prometo que cedo hasta la parte que me puede corresponder, para comprar leña para... calentarnos, no fuese que Satan creyese que queríamos asarle.

Tan estraña revelacion y todavía mas el propósito del conjurado, escitó la hilaridad de la concurrencia, así como despertó la codicia de Hierro, que escondido tras la rendija de una pared acribillada estuvo escuchando como de costumbre cuanto se decia en las reuniones. Aquella noche Hierro estaba con mas sobresalto que otras veces por la declaracion que creia haber hecho al lego que habia cambiado de voz; mas como le quedaba el recurso de huir por la senda subterránea de la que hablamos al principio de esta historia, queria oir lo que pasaba entre aquellas gentes que habia vendido. Quedó muy admirado de que los hubiesen dejado en paz.

—Pues ahora me alegro, dijo para sí, cuando despues de haberse retirado los socios le entregó Murciélago un bolsillo repleto: todo esto tenemos de mas. Entretanto que los frailes preparan la emboscada para pillar á todos estos bergantes, porque hoy habrá habido alguna dificultad ó no habrán tenido tiempo; entretanto que este retardo me proporciona otra buena gratificacion advirtiéndoles la noche que vuelvan á reunirse, yo emplearé provechosamente el tiempo buscando esta piedra con la cruz grabada, paraque cuando vengan mañana por la noche los criados del socio, se encuentren con el sepulcro sin los huesos. Vamos ahora á dormir un par de horas junto á mi tesoro que cada dia va engordando, que su contacto me dará ánimo para empezar las pesquisas.

Muy poco durmió tambien aquella noche Branca d' Oria. Antes de amanecer fué en busca de dos de sus mas decididos auxiliares, y provistos de cordeles, picos y afiladas armas, se dirigieron por sendas escuras al Castillo del Diablo. El italiano sabia, por habérselo confiado el ciego, que tenia éste un perro tan fiero como fiel; y el jesuita que nada olvidaba, y que de muy lejos ha-

bia calculado su perdicion, habia encargado á uno de los dos acólitos que le acompañaban que educase un buen alano para combatir á otro de su casta en un día de necesidad. El perro carnicero habia sido tan bien instruido, que varios canes reputados por invencibles habian sucumbido al impulso de sus afilados colmillos. Aquel día el perro destinado á luchar con *Quien* iba provisto de un collar de hierro erizado de puntas y no se le habia dado de comer para no aplacar su fiereza.

La prevision del jesuita dió un feliz resultado. Hierro, para quien nunca era de día, despues de un ligero descanso habia bajado al patio del Castillo, dando comienzo á la prolija y penosa tarea de remover las numerosas piedras sillares de que estaba sembrado, tentando con su callosa mano al piso empedrado en busca de la cruz que no habia de hallar. Cuando Branca d' Oria y sus compañeros llegaron cerca del muro, á pesar de la precaucion que habia tomado de no mover ruido, oyeron ladrar á un perro. Era *Quien* que estaba de centinela en lo alto de un boquete que habia en aquél y que con su fino olfato los habia sentido llegar.

—No me cabe duda, dijo para sí el jesuita; ahí está escondido el ciego: conviene pues que no se escape. Azuzad sin meter ruido á vuestro perro y soltadle, dijo al oido del dueño del alano, así el enemigo creerá que lo que ha visto el centinela ha sido un perro y no unos hombres. Si logra dar buena cuenta de él, mucho habremos logrado.

Hierro por su parte, al oir el grito de alerta de su vigilante, se incorporó y fué á esconderse apresuradamente en el corredor subterráneo, y como despues de una lijera pausa continuasen todavía los ladridos, sin curarse de tapiar la entrada subió rápidamente la escalera de caracol.

—Aquí está la justicia; pero llega en mal hora. ¡Qué torpes son estos frailes! Hace nada menos que cinco horas que volaron los pájaros. Advirtamos al mudo que esté de centinela y así en defecto de los otros me libraré de este importuno.

Murciélago todavía dormia. Hierro le despertó advirtiéndole

de que habia alguna persona estraña en las inmediaciones del castillo y que se pusiera en acecho. Murciélago, ó fuese que estando medio dormido lo entendiera mal; ó que quisiera ahuyentar á los curiosos con los medios que hasta aquel dia les habian dado un buen resultado, fué en busca de unos trozos de cadena y una gran vasija de hoja de lata agitando los primeros dentro de la segunda y metiendo un ruido infernal. Hierro, que ya creia tener á dos pasos los esbirros ó soldados, sin tratar de perder tiempo desengañando al mudo, corrió á la via subterránea solo de él conocida. Solo cuando se halló en aquella segura salida detuvo sus pasos.

Entretanto que esto tenia lugar, el perro del auxiliar de Branca d' Oria se habia abalanzado sobre *Quien*, que no tardó en ser despedazado por su contrario; pero acribillado éste á dentelladas y bañado en sangre, no tardó en espirar. Mientras los dos perros estaban luchando, el jesuita y sus compañeros penetraron en el patio y no viendo á nadie en él, corrieron á esconderse en el pasillo subterráneo que en su fuga habia dejado abierto el ciego. Entonces llamó su atencion el ruido de cadenas que se oia en lo alto del edificio, y como los tres estaban curados de espantos, hubieron de reirse de los medios empleados para ahuyentarles por aquel á quien iban á echar el guante.

Mientras que Murciélago ejecutaba á toda orquesta la sinfonía infernal, Branca d' Oria y sus auxiliares ecsaminaban la galería subterránea, habiendo encendido una linterna sorda de la que tambien iban provistos, hasta que dieron con la puerta ferrada con que remataba la escalera espiral. Como aquella habia sido cerrada y atrancada por Hierro, no juzgó á propósito el jesuita recurrir todavía á la violencia, temeroso de que el avaro no se ocultase en aquel laberinto de ruinas; por el contrario, prefirió aguardar en el mas completo silencio, seguro de que Hierro mas ó menos tarde habria de salir impelido por el aliciente del supuesto tesoro.

En efecto, cansado el mudo de agitar las cadenas, corrió á aso-

marse en uno de los altos ventanales de la torre de homenaje, y despues de un rápido exámen creyó adivinar la causa de la alarma: el perro del ciego y otro perro forastero estaban agonizando tendidos en el centro del patio. Entonces bajó al salon, batió sus palmas: á aquella seña convenida con Hierro, éste, cuyo fino oido nada habia apercibido, salió de su escondrijo. Murciélago le hizo seña de que le siguiese, habiéndole señalado antes que no habia nada que temer y los dos habituales huéspedes del Castillo del Diablo subieron á la torre mas alta de la antigua morada del señor feudal. El sentimiento que esperimentó Hierro al oir que estaba perdido su fiel y único amigo, fué amenguado por la esperanza de poder proseguir en busca del escondido tesoro.

—Verdad es que ese maldito perro ha dado muerte al mio, dijo para sí, pero en su culpa ha llevado su merecido: no sé porque un triste presentimiento me dice que si algun dia me viese atacado impensadamente por un hombre tan fuerte como yo, en caso de sucumbir sucumbiríamos los dos. Y ahora que veo el motivo de la alarma de Quien, y que no asoma alma viviente á media legua al rededor del castillo, volvamos á nuestra interrumpida tarea. Murciélago reemplazará al perro.

El ciego y el mudo bajaron al salon y se dirigieron á la puerta ferrada. Al oir el italiano rumor de pasos, se escondió en un oscuro recodo que en su pié formaba la escalera de caracol é hizo seña á sus ayudantes que hicieran otro tanto en la entrada del corredor. De este modo se podia sorprender al enemigo en la via subterránea, impidiéndole que al ver la emboscada retrocediera súbitamente volviendo á cerrar la puerta de hierro. Abrióse esta, y el primero que salvó la escalera fué Murciélago: atravesó el corredor sin volver la vista atrás, y cuando salió al patio y fué cogido por los dos hombres del jesuita, Hierro llegaba á la mitad de la escalera. Murciélago, aunque privado de la voz, despedia en caso necesario un sonido ronco y gutural arrojando rápidamente el aire por la garganta. El rumor de pasos y el ronquido del mudo detuvieron la planta al ciego, é iba á retroceder, cuando

Branca d'Oria corrió á él y pudo cogerle del tobillo. La embestida fué tan viva por parte del italiano, como inesperada por la del ciego, demodo que éste á pesar de sus fuerzas hercúleas, faltó el equilibrio y cayó rodando el resto de la escalera. El afiliado, mientras aguardaba socorro, trató de defender á toda costa el paso de aquella, colocándose en los primeros escalones; pero Hierro volviéndose á levantar, corrió á él y abrazándole con sus robustos brazos intentó derribarle para saltar sobre su cuerpo.

Entonces se trabó entre aquellos dos hombres una lucha cuerpo á cuerpo, tanto mas horrible cuanto era desigual y en la que ni uno ni otro debian ni podian cejar. Verdad es que Branca d'Oria podia haber hundido el puñal en el pecho de su enemigo ó héchole saltar la tapa de los sesos de un pistoletazo; pero no le tenia cuenta matarle, por los motivos que fácilmente comprenderá el lector, y sí tan solo sujetarle. No tardó en llegar el momento en que el jesuita, sin poder ya hacer uso de ningun arma, vió peligrar su existencia. El presentimiento del ciego iba á cumplirse: mas robusto que su contrario y aunque con dos profundas heridas en la cabeza, que le habian abierto al caer las rotas baldosas de la escalera, habia logrado sujetar con la rodilla á su enemigo derribado, y con ambas manos, como un anillo de hierro, le estrechaba la garganta para ahogarle. En aquel instante supremo Branca d' Oria pudo arrojar un lastimero grito, el cual oído por sus auxiliares, que acababan de tapar la boca y atar á una columna del patio al mudo, acudieron en su salvacion. Cuando el jesuita quedó libre de los manos del ciego, su rostro estaba ya amoratado y cuasi estinguidos sus sentidos. Un instante mas de opresion y el afiliado secreto de la compañía de Jesus habria dejado de existir.

Largo rato se pasó antes de que Branca d' Oria pudiese poner en acuerdo sus ideas, durante el cual Hierro fué maniatado, sufriendo con resignacion los mas rudos atropellos que sin compasion le prodigaban los compañeros del jesuita; por último, éste llamó aparte á uno de ellos y le dió algunas instrucciones al oi-

do. El ausiliar dirigióse al patio é interrogó al mudo; pero con gran sorpresa suya no pudo arrancar ni una sola palabra al preso.

—Monseñor, dijo á Branca d' Oria asomándose al pasillo, este hombre no quiere contestar; ¿quereis que lo apalee para ver si suelta la sin hueso?

El jesuita puso la punta de su índice sobre el extremo de la nariz en ademan de silencio y se dirigió al ausiliar que le hablaba aunque sin salir al patio para que no le viese el mudo.

Entretanto Hierro, si hubiese podido reir, hubiese soltado la carcajada al oír que aquel hombre no podia hacer hablar á un mudo; sin embargo aquellas palabras y el tratamiento que se daba á un personaje que ignoraba fuese aquel con quien se habia batido, le tranquilizaron algun tanto. No debian ser ladrones los que le habian sorprendido; ignoraban tal vez quien era él, y aquella ignorancia podia quizás salvarle. Pronto hubo formado su plan y rompiendo el silencio, dijo á la persona que estaba cercana.

—Ignoro por qué maltratais á un infeliz que ningun mal os ha hecho. Soy un mendigo que no contando con ningun otro recurso, me habia refugiado entre estas ruinas. Sin duda os habreis engañado tomándome por otra persona: compadeceos de mí y dejad que prosiga mi camino para ir á curarme mis heridas al hospital; ved como estoy bañado en sangre!

—En efecto, nos hemos engañado, contestóle el ausiliar del italiano á quien éste habia instruido convenientemente: á nosotros nos persiguen y nos hemos refugiado aquí. Ved, pues, vos que conoceis esta morada, como nos conducís á un lugar retirado.

—Señor, no puedo servirlos, soy ciego y mal podria guiaros.

—Pero ya conoceis cuando menos lo que existe tras la puerta que nos habeis abierto: ea andando.

Resistíase Hierro, pero como el ausiliar echase mano, para persuadirle, de un argumento *ad corporem*, el ciego se vió forzado á obedecer.

Ya en el salon que en parte estaba desfondado y en el cual ha-

bia una mesa y varios sillones semi rotos, Branca d' Oria se sentó en uno de ellos y empezó á telegrafear con su ayudante.

—Decidnos, amigo, exclamó éste dirigiéndose al ciego, ¿cómo podríamos hacerlo para procurarnos algun dinero para proseguir nuestra marcha? Lo hemos acabado, nos persiguen y deseamos alejarnos lo mas pronto posible de estos sitios.

—Estraña pregunta me haceis, señores, y el ciego hablaba en plural porque habia oido pasos de mas de una persona. Dije ya á uno de vosotros que era un infeliz mendigo y que me habia refugiado aquí no contando con otro albergue; si puedo seros útil en algo, mandad: si quereis que vaya á la poblacion cercana por algo, lo haré gustoso.

—No es mala la idea; tenemos en efecto, buen apetito y no vendrá mal un almuerzo; pero es el caso que, como tambien os hemos dicho, no nos queda una blanca y á vos no os habian de dar al fiado. Nosotros no conocemos á nadie.

—Tengo recogidos algunos ochavos, y si falta, mendigaré por vosotros: ya veis que es cuanto puedo hacer en favor vuestro.

—Gracias, amigo, mas no podemos aceptar vuestros buenos ofrecimientos; en primer lugar porque ni los ochavos que teneis recogidos ni los que podriais recoger, serian capaces para poder satisfacer nuestro apetito que no tiene espera; y en segundo lugar necesitamos algunos recursos pecuniarios para proseguir el viaje. Si nos proporcionais algun subsidio algo decente y á título de préstamo, dentro una hora nos volvemos á poner en camino.

Un momento titubeó Hierro, pero acabó por triunfar la avaricia.

—¿Quereis que yo haga milagros? ¡Singular capricho es el vuestro, señores! Yo no soy ningun santo, ni profeso la magia negra.

—Bravo, exclamó el ayudante del jesuita. Hé aquí un vejete que tiene un pico de oro. Ya nos habian dicho que si entrábamos en estas ruinas tendríamos que habérmolas con diablos; y vos que sin duda lo sois disfrazado de mendigo ciego, porque voso-

tros tomáis las formas, trajes y edades que mejor os cuadran, habeis olvidado en un momento de descuido que un pobre que recoje ochavos no atesora tan ricas palabras.

—Señores, creeriais acaso.....

—¿Cómo si lo creemos? Abrigamos la íntima persuacion de que estamos hablando con un diablo disfrazado: con que podeis conócer que perdeis el tiempo disimulando. Venga el socorro que necesitamos, y tantas cosas á vuestro rey infernal.

—¿Quereis que os jure por lo que al diablo ahuyenta, que soy un hombre?

—Bah! los diablos ahora juran y perjuran sin ningun escrupulo. Diz que se han vuelto muy malos. A nosotros nos engañaron una vez y estamos muy escarmentados; por esto nos persigue la Inquisicion. Ea, pronto el dinero, sino vamos á probar cuantos palos resiste el cuerpo de un diablo.

—No lo tengo, señores, no puedo dároslo.

Branca d'Oria se acercó á su ayudante y le dijo algunas palabras al oido. El acólito ató con unos cordeles los piés de Hierro para que no pudiese escaparse y bajó rápidamente la escalera de caracol. Pocos momentos despues volvió á entrar, diciendo al oido del italiano.

—Aquel hombre, aunque se le mate, no quiere hablar. Luego añadió en alta voz.—El compañero de este diablo acaba de decirme muy claro y terminante que si éste quiere, puede darnos lo que pedimos.

—Mentís, esclamó Hierro con resolucion.

—Otro renuncio, señor diablo, contestó el ayudante: para ser hombre debiais haber disimulado que no conoceis lo que pasa lejos del sitio en que os hallais: los espíritus malignos como vos, no solo saben lo que piensan sino lo que dicen los mortales aunque estén mil leguas lejos: vos sabeis que el preso no me ha dicho nada y es verdad, luego sois un diablo, pero un diablo tonto.

—Cómo quereis que os hable si es un mudo!

—No os creo, contestóle el ayudante, es que no sabrá hablar castellano.

—Es verdad, dijo para sí el jesuita, ahora recuerdo lo que me indicó D. Fernando; si se le pudiera hacer hablar por señas, tal vez lograríamos saber donde tiene el escondrijo el avaro; pero como tiene las manos atadas no puede hacerlo.

Dispuso lo conveniente el jesuita para que el mudo pudiese revelar donde tenia guardado el dinero el ciego; pero si bien, ofreciéndole la libertad, dijo que lo tenia y en abundancia, no pudo decir el sitio donde lo escondia. Unicamente por señas indicó que debia estar oculto bajo tierra.

Empezaba Branca d'Oria á ver algo dificultosa la empresa de arrancarle su tesoro al ciego, cuando este mismo, sobre el cual habian empezado á descargar algunos mojicones los compañeros del jesuita, trató de capitular para salvar su vida. En aquel acto demostró Hierro que no es cierto que un avaro empedernido se deja matar antes que soltar su dinero.

—Puesto que veo, señores, dijo el ciego, que no es posible disuadiros que yo tenga hecho pacto con Satan, confieso que en efecto es así, mas entended que si me martirizais lo perderis todo; porque os escaparé de vuestras manos como el humo.

Branca d'Oria, al oír aquellas astutas palabras, se sonrió de un modo singular y sus dos compañeros soltaron una carcajada estrepitosa que repitieron las bóvedas del castillo. Entonces el primero les hizo seña de que fingiesen creer lo que les decia el ciego.

—Que nos place, dijo uno ellos: mucha gente mala hemos visto en los días de nuestra vida; mas fuerza es confesar que nunca habíamos tratado con gente de vuestro jaez. Vaya, decid á Don Diablo que nos llene los bolsillos al punto, que llevamos prisa.

—Voy allá, contestó Hierro: soltadme y bajaré á los subterráneos donde lo llamaré para que os dé gusto.

Si Branca d' Oria hubiese accedido á su demanda, corrían riesgo tanto él como sus auxiliares en deber creer forzosamente en el diablo, porque el ciego hubiese desaparecido por la via subterránea, de él solo conocida; pero el jesuita era mucho mas astuto que el avaro y no se lo permitió.

—Irémos con vos, le contestaron.

—No puede ser; vosotros no teneis hecho ningun pacto y el conjuro no tendria efecto.

—Harémos todos los pactos que querais.

—Ahora es inútil.

—No hay nada imposible cuando hay buena voluntad. Ea, guiadnos señor ciego endiablado, ó del contrario os quedan pocos instantes de vida.

Omitimos la escena horrible que siguió. Hierro se dejó martirizar y solo cuando conoció que su vida peligraba si se resistía por mas tiempo; cuando sus sayones le amenazaron con mutilarle si no revelaba su secreto, y empezaron á poner en ejecucion su espantosa amenaza, solo entonces el avaro señaló el sitio donde tenia escondido su tesoro. Aquel esfuerzo sobrenatural le hizo perder el sentido, por manera que el italiano y sus compañeros le creyeron cadáver.

A pesar de que Branca d' Oria por haber sido su agente secreto por espacio de muchos años, sabia que Hierro tenia mucho dinero, fué grande su asombro al ver una montaña de plata y oro en una cavidad que, oculta por unos peñascos, descubrieron sus auxiliares. Aquel monte de metal tan codiciado por el ciego, fruto no tanto de sus abstinencias y economías, como de su usura y su maldad, era imposible llevarlo de una sola vez. Branca d' Oria dispuso que uno de sus ayudantes fuese en busca de unos sacos y caballerías. Cuando el jesuita y sus adeptos se alejaron del Castillo del Diablo, Hierro yacia aun en su mortal parasismo. Al atravesar el patio, el italiano se acercó al mudo, cuyos ojos habia mandado vendar, y le dijo:

—Os dejamos dueño de este castillo: creemos que vuestro

compañero se ha ido con todos sus diablos; mas si no fuese así y volviese á aparecer, dadle á entender que los frailes de san Francisco en vez de querer recojer carne para la Inquisicion han preferido llevarse buenos talegos para hacer menos penosa su clausura. Añadid sin embargo, y vos tambien podeis tenerlo entendido, que si revelais á nadie del mundo nuestra visita, otra vez no habrá compasion; por el contrario, si permanecéis callados, habrá paz y tranquilidad para vosotros.

Por tres veces se levantó Hierro y otras tantas cayó sobre el duro suelo al convencerse que estaba vacía la cavidad donde tenia guardado su dinero. Por fin, el instinto de su propia salvacion le dió fuerzas para arrastrarse hasta el extremo del corredor subterráneo. Allí prestó atento oido, y como reinase por do quiera un sepulcral silencio, gritó con todas las fuerzas que le quedaban:

—¡Murciélago, amigo mio, acudid, venid á salvarme, yo desfallezco!

Pero el mudo estaba muy lejos para que pudiese oirle, y aun cuando hubiesen llegado á sus oidos aquellas palabras, se hallaba sujeto con fuertes ligaduras. Entonces Hierro, aunque cubierto de heridas, adelantó hasta el salon, que encontrando tambien vacío, hizo que se corriese hasta la escalera de caracol donde se habian apoderado de él. Tambien allí reinaba el mismo silencio hasta que por último, habiendo salido al patio, oyó una especie de ronquido que al punto conoció, por ser el único rumor que producía la garganta del mudo.

—Me han robado, díjole con acento desgarrador, mientras le libraba de sus ligaduras. Mirad, me han muerto los malvados!

Entonces el mudo, con su lenguaje mímico que tan bien comprendia el ciego, le dió á entender quiénes habian sido los ladrones y lo que le habian dicho.

—¡Maldicion! esclamó el ciego; yo mismo he sido mi verdugo. Ah! venganza, venganza!

Hierro cayó una vez mas desfallecido y Murciélago se apresuró á socorrerle.

XV.

La fuerza de la sangre.



FIELMENTE cumplió D. Fernando la palabra empeñada con su libertador. Mucho antes del medio dia, con el auxilio de la llave que le diera Branca d'Oria, conocido siempre por él bajo el supuesto nombre de don Tadeo, penetró por la puerta secreta en casa de doña Cecilia. Subió por la angosta escalera de que hemos hablado anteriormente y al ir á abrir la puerta que comunicaba con el salon de Flora, á tenor de las instrucciones que le habia dado el jesuita, parecióle oír rumor en él. Su primera intencion fué retroceder, á fin de no encontrarse con un desconocido; mas como su misterioso compañero le habia dicho que á aquella hora podia estar seguro de hallarse solo, imaginó que la persona que se encontraba en el salon no podia ser otra que su salvador. En esta persuacion empujó el resorte y abrió la puerta.

Su sorpresa fué suma al hallarse frente á frente con un monje gerónimo quien por la prisa con que apuraba el contenido de un plato que tenia delante, daba indicios de que, ó bien tenia mucha hambre ó llevaba mucha prisa. Ya no podia retirarse Don

Fernando sin pasar plaza de descortés, ni el monje podía escusarse so pena de hacer un papel ridículo. Uno y otro se saludaron ligeramente y el primero dijo al inesperado huésped.

—Dispensad, reverendo padre, si he venido á interrumpiros, causándoos una sorpresa que yo mismo he sufrido. Tal vez una mala inteligencia de la persona que me ha citado en esta estancia, haya motivado el quid pro quo que me apresuro á borrar retirándome con vuestro permiso.

—Nada de esto, caballero, no permitiré que os marcheis; yo pronto concluyo y os dejaré el campo libre. El motivo de encontrarme aquí ha sido por el deseo que he manifestado á la dueña de la casa de querer estar solo, y solo á mis ruegos me ha permitido comer en este salon retirado. Soy forastero y quisiera que me viesen el menor número posible de personas. Vos sereis de la poblacion, ¿no es verdad? Respecto á vuestra persona, la recomendación ya la sola presencia en esta casa.

El acento agradable de aquel monje, sus maneras nobles, su lenguaje franco, su mirada penetrante y sobre todo una especie de atracción magnética que el vulgo llama simpatía, hubieron de detener la planta de D. Fernando y fijar su atención en el religioso. Contaba éste unos cuarenta años, y un observador inteligente hubiese visto surcado su rostro por las huellas que deja la lucha de las pasiones, no de las pasiones rastreras y viles, sino de aquellas que naciendo en el corazón torturan el alma en la ambición de grandes logros que no le es dado alcanzar. Verdad es que en semejantes casos el fuego puede permanecer oculto, pero la llama inextinguible se muestra en el semblante, que es el espejo del alma.

Por su parte el monje habia sentido igual simpatía por [el joven, quien á sus ruegos se sentó á su lado.

—En efecto contestóle, soy vecino de esta poblacion, y si me veis en esta casa es porque desea hablarme á solas un amigo.

—Yo no habia estado nunca en esta poblacion ni en esta casa. Asuntos de mucho interés me han hecho salir del monasterio y

he sido recomendado á Doña Cecilia por un compañero que en otro tiempo fué tambien su huésped accidental. Esta casa me sirve perfectamente por cuanto no deseo ser incómodo á la única persona á quien conozco aquí. Tal vez vos hayais de conocerle.

—Quizá, contestó D. Fernando cada vez mas encantado de la franqueza del monje.

—Ese amigo es D. Diego de Monforte, quien tiene un hijo llamado D. Fernando.

El hidalgo, al oír aquel nombre, no pudo reprimir un movimiento de sorpresa, que pronto engendró en su ánimo una sospecha. El monje que un momento antes creía una persona indiferente, trocóse de repente para él en un enemigo oculto.

—Tal vez, dijo para sí, D. Tadeo habrá fraguado alguna intriga infernal para perderme. El encuentro de este monje en este salon es muy casual y singular. ¿Qué querrá este hombre de mí, que me tiende lazo sobre lazo, sin que por esto me venda ostensiblemente á los frailes? Va á dar la hora del mediodía y todavía no parece. ¿Que será de mí? Como quiera, es preciso no juzgar por las apariencias. Veamos á dónde va á parar este nuevo personaje.

—He oido hablar de este conde y de su hijo, contestó D. Fernando con indiferencia, pero no los conozco personalmente.

—Conozco yo solo al padre, pero no al hijo. El conde me ha escrito algunas veces que Dios le habia concedido un digno sucesor. El D. Fernando, segun mis cálculos, debe tener vuestra edad á corta diferencia.

Aquellas palabras empezaron á borrar la sospecha que habia abrigado un momento el hijo del conde, así es que repuso:

—En efecto, de mi edad será; pues si mal no recuerdo, en estos últimos dias, con motivo de haberle preso el tribunal de la Inquisicion, se habló mucho de él y de su padre.

—¿Preso de la Inquisicion decís? exclamó el monje levantándose de su asiento y cogiendo con interés la mano del jóven. Ah! por Dios no me engañeis; considerad que yo quiero mucho al conde y á su hijo. Yo soy noble, caballero, y mi familia está entroncada con es-

ta familia. Quiero á D. Fernando como si fuera hijo mio. Él no lo sabe: sábenlo sí D. Diego, mi corazon y Dios.

La agitacion del monje, aquellas palabras pronunciadas con el acento de la sinceridad y el vivo interés que se tomaba por su propia persona, causaron la mas viva sensacion en Don Fernando. Sin embargo, él no habia oido hablar nunca á su padre del gerónimo su pariente, y le causaba suma estrañeza cuanto decia. Renació en un momento toda la simpatía que por él habia sentido en el primer instante de verle, y sin poder dominarse contestóle:

—Ya que me hablais así, reverendo padre, fuerza es que os confiese que os he engañado.....

—Ah! exclamó el monje como si se viese libre de repente de un enorme peso. No sabeis el mal que me habeis hecho; pero todo os lo perdono si me decís que D. Fernando no corre ningun peligro.

—Os he engañado, sí, diciéndoos que no conocia á Don Fernando; pero es cierto que fué preso en casa de su padre por órden del Santo Oficio. D. Fernando de Monforte es mi íntimo amigo.

El monje se levantó rápidamente de su asiento é iba á salir á pasos apresurados del salon, cuando D. Fernando, deteniéndolo por al hábito, le dijo:

—¿A donde vais?

—¡A salvarle!

—¿A salvarle decís? ¡Vano intento! ¿sabeis quiénes son sus mas encarnizados enemigos?

—No; pero decídmelo al punto y prestareis un gran servicio á D. Fernando.

—Pues bien, he de decíroslo, aunque me cueste caro: sus mas fieros enemigos, son vuestros mas íntimos amigos.

—Vive Dios que no os comprendo.

—Seré espícito si me prometeis confianza y reserva.

—Fray Guillermo, el monje gerónimo, y el noble D. Guillermo,

os lo juran. Sois amigo de D. Fernando y esto me basta para que lo seais mio. ¿Vuestro nombre?

—Titubeó un momento D. Fernando, recordando la historia terrible que le habia contado el lapidario, y mirando fijamente al monje que en ademán solemne le tendia la mano, mas al fin contestó.

—Me llamo D. Roberto de la Encina, cuyo nombre, como recordará el lector, era el que le habia dado Branca d'Oria, y aceptando vuestra promesa, os diré que Don Fernando es víctima de los frailes. Ahí teneis explicado porque acabo de deciros que sus enemigos son vuestros amigos.

Fray Guillermo se sonrió de un modo extraño.

—Aplaudo vuestra resolucion, jóven. Acabais de haceros muy digno de la amistad que os he ofrecido. Ya me sospechaba yo esto: mas decidme ¿cuántos dias hace que D. Fernando se halla encarcelado? ¿Qué motivo se dice tuvieron los inquisidores para prenderle?

—Hace tres dias que fuéron á buscarle en casa de su padre y supongo que fué preso, imputándole delitos no probados, por no haber accedido á los deseos de los frailes.

—¿Y cuáles son estos deseos? ¿Qué quieren estos hombres? ¿Quiénes son?

—Tambien supongo que sea porque D. Fernando no haya querido vestir el hábito para poder heredarle el convento ó conventos; porque habeis de saber que los franciscanos y carmelitas se disputan la presa.

Otra vez se sonrió extrañamente el monje gerónimo.

—Ahora comprendo, dijo para sí, el enigma que encierra la carta que me ha escrito mi pariente. Los frailes han acabado pero dominarle completamente. Bien conozco yo á estas gentes; pero confio que habré llegado á tiempo para conjurar la tempestad.— Os agradezco, jóven, añadió en alta voz, vuestra confianza, la cual no dudeis será sumamente beneficiosa para vuestro amigo. Y puesto que es preciso no perder tiempo en salvarle, permitidme que me retire.

—Quisiera pedirlos antes un favor.

—Hablad.

—Que me hicierais partícipe del resultado de vuestras diligencias: quiero tanto á D. Fernando, que su suerte me interesa en extremo.

Fray Guillermo miró fijamente al hidalgo; pero con una intencion tan benévola, con un cariño tan manifiesto, que creyéndolo D. Fernando como una muestra de agradecimiento por la amistad que le habia dicho profesaba á su protejido, le captó mas y mas sus simpatías.

—Accedo gustoso á vuestra demanda; venid esta noche á casa de D. Diego y preguntad por mí. Confio mucho que antes de la puesta de sol D. Fernando estará en brazos de su padre.

El acento de profunda conviccion con que Fr. Guillermo pronunció aquellas palabras hizo que D. Fernando olvidase los inconvenientes que se le ofrecian de ir á casa de D. Diego. La resolucion de aquel monje y el amor paternal hubieron al fin de vencer; olvidó los consejos de Branca d' Oria y prometió al amigo de su padre que no faltaria á la cita. Sin embargo, antes de decidirse á hacerlo titubeó algunos momentos, y como notase su perplejidad el monje, como si de repente le hubiese asaltado una poderosa duda, exclamó mirando siempre de hito en hito al hidalgo.

—Amigo mio, dicen que el corazon nunca engaña, y en este momento el corazon me dice que vos no habeis sido franco conmigo. Vuestro nombre verdadero no es el que me habeis dicho. Os pido en nombre de vuestro padre, en nombre de lo que mas quereis en este mundo, que me digais como os llamis?

En aquel momento se abrió de repente la puerta secreta del salon de Flora que comunicaba con el resto de la casa, y un voz muy conocida de D. Fernando, dijo:

—Este jóven se llama D. Roberto de la Encina y se halla bajo mi proteccion.

—¿Quién es este hombre? preguntó el monje.

Hubo un momento de ansiedad. El primer fraile volvió á apoderarse de los dados; agitólos violentamente en el vaso y los arrojó resuelto sobre el tapete.

—¡Ases! dijeron diez voces á la vez.

El guardian había ganado la partida por dos puntos.

Segun una de las prácticas no escritas del juego, pero á la que la consuetud ha dado fuerza de ley, no está permitido retirarse del juego al que gana, y los frailes á quienes no debía ser desconocida aquella práctica, exigieron unánimemente la revancha.

—Sea, dijo el guardian, y quiero darla tan cumplida como podáis desear. Me juego el tercio y el quinto. Evaluadlo vosotros mismos.

Todos los magnates franciscanos quisieron tomar parte en aquel reto, y despues de haber conferenciado entre sí, fijaron en dos mil escudos el valor que correspondia al guardian por el tercio y el quinto de los bienes del conde de Monforte.

—Lo admito, aunque habeis tasado muy bajo precio. Venga aquí el dinero ó en su defecto pagarés ó efectos. Ahí tenéis mi cesion.

El guardian acababa de habilitar su primera declaracion poniendo al pié: «Valga por todos mis derechos á la herencia que adquiera el convento.»

Si grande habia sido el interés que habian tomado los reverendos padres en la primera jugada, muchísimo mayor fué el que mostraron entonces, puesto que todos interesaban, y el juego habia tomado mayores proporciones. En fin llegó el momento en que corrieron los dados y tambien él en que la suerte volvió la cara al guardian. Los frailes le ganaron sus derechos por un punto.

Fingió afligirse el fraile y tambien hicieron ademan de consolarle sus amigos; pero unos y otros estaban contentos por demás. El primero habia ganado sobre una cosa que no existía, algunos centenares de pesos y una rica joya, y los segundos hacian mil castillos en el aire, partiéndose una herencia de la que no habian

de adquirir siquiera un maravedís. Al día siguiente el convento se cubrió de luto al saber, según versión de Fr. Anton, á quien el guardian hizo un buen regalo, la fuga del hijo del conde. Por lo que hace al guardian, restregándose las manos de puro gozo, decia retirado en el fondo de su celda.

—He sacado todo el partido posible de lo perdido: me escamotearon la herencia los carmelitas y yo me he indemnizado en las bolsas de mis cofrades: me insultó el hidalgo y blasfemó contra lo mas sagrado, y sin que él lo apercibiera, le hundí otra vez en los calabozos de la Inquisicion, y es muy probable que á estas horas ya no exista. Me he vengado y he vengado el honor de los ministros del Señor. Queda todavía en pié la herencia; el conde no ha muerto todavía ¿quién sabe si aun llegará un día en que podré volver á jugarle una parte de su patrimonio?

Y ahora que hemos referido lo que pasó aquella noche en el convento, sepamos lo que fué de D. Fernando.

El coche en cuyo interior iban el hidalgo y el lego, y en el puesto destinado para el lacayo, Branca d'Oria, partió flechado al edificio de la Inquisicion. Como la noche era oscura y el alumbrado público era muy escaso en aquellos tiempos, D. Fernando, si bien trató por dos ó tres veces de averiguar la direccion que llevaba el vehículo, no pudo lograrlo á causa de las densas sombras que lo envolvian. Llegó en fin un momento en que se oyó la voz de alto que daba un hombre, y el cochero detuvo el tiro.

Entre el automedonte y el que le habia detenido, se entabló el siguiente diálogo, que no pudieron oír ni D. Fernando ni el lego.

—He salido á vuestro encuentro de parte del Sr. Inquisidor general.

—No os conozco.

—Pero conoceréis sin duda su firma: hedla aquí.

Y su interlocutor le mostró á la pálida luz de un reverbero inmediato la firma del Inquisidor.

A su vista, el cochero se quitó el sombrero é hizo una reverencia.

—Pues bien, añadió el desconocido, es preciso que el preso que conducís procedente del convento de San Francisco, á quien, segun me acaba de decir, nuestro amo, debe acompañar un religioso.....

—En efecto, dijo el cochero, dando completa fé á las palabras del que creyera un esbirro del Santo Oficio, vá en compañía de ese religioso que decís.

—Pues como digo, en vez de entrar en el patio principal del edificio, se me ordena que lo conduzcais hasta muy cerca de la puerta escusada que dá á la espalda del norte. El patio se halla ahora ocupado, y conviene que el preso entre sin recelo. Dejadme subir á vuestro lado. Antes de llegar, yo bajaré y llamaré.

Accedió respetuoso el cochero y al llegar al punto designado, paró el coche. Al saltar del pescante dijo á aquél.

—Voy á llamar, y cuando se hayan apeado el fraile y el preso, alejaos; al punto saldrán los compañeros, además de que yo voy armado hasta los dientes.

El de la capa negra fingió llamar muy quedo á la puerta escusada y luego corrió á abrir la portezuela del coche. Introdujo la cabeza en el interior y dirigiendo la palabra al lego:

—Ya os esperábamos, padre, bajad.

Y en el momento de hacerlo, díjole rápidamente al oído.

—¿Vá el preso?

—Sí va.

—¿Ha opuesto resistencia?

—No.

—Ya lo tenemos seguro. Decidle que se apee. ¿Teneis algo que mandarme?

—Sí, aquí teneis este pliego para el juez de turno.

—Está bien. Ya podeis iros.

El lego se alejó rápidamente.

Cuando tuvo lugar este corto diálogo á «sotto voce,» D. Fer-

nando ya no dudó que el guardian de franciscanos le habia jugado una mala treta y que el lego estaba conferenciando con sus asesinos. El valor, sin embargo, no le abandonó, y confió en Dios que le salvaria del inminente peligro que juzgaba correr. Júzguese cual seria su sorpresa, cuando volvió á oir la misma voz de antes, que por cierto no le era desconocida, la cual le decia:

—D. Fernando, soy yo, D. Tadeo vuestro salvador. Al punto bajad y fingid seguirme sin resistencia; del contrario os perdeis y me perdeis.

—¿Si será éste el asesino? Siempre dudé de la veracidad de las palabras de este hombre. ¿Por qué, si quieren matarme, no lo han hecho antes ó no lo hacen ahora en el interior del coche? En fin, cúmplase mi destino.

Bajó D. Fernando del coche y apenas el jesuita volvió á cerrar la portezuela, el vehículo se puso en movimiento.

—; Oh Dios mio! exclamó D. Fernando retrocediendo un paso y fijando la vista en las altas y rebustas paredes que se levantaban á su lado; ahora todo lo comprendo, quereis volverme á encerrar en la Inquisicion, malvados, porque me he mofado de vosotros; pero no lo lograreis mientras me queden fuerzas.

Y levantando el puño en lo alto lo descargó dos ó tres veces con furia sobre el rostro del jesuita. Éste, que no se aguardaba tan brusco ataque, quedó atontado y perdió un momento el sentido; cuando volvió en sí anegado el rostro en sangre, D. Fernando habia desaparecido entre las sombras.

Repuesto de su sorpresa Branca d'Oria, y viendo perdido en un instante todo el fruto de sus afanes y vigalias, alejóse rápidamente de aquel sitio donde tambien peligraba su seguridad personal. Entró á poco en su casa y se puso á reflexionar. De sus reflexiones resultó el firme é inmutable propósito de no abandonar al hijo del conde, de buscarlo aunque estuviese escondido siete estadios bajo tierra y de hacerlo suyo á toda costa. Un jesuita nunca se desanima, es porfiado y pertinaz en todos sus actos, apela á todos los medios, y sabido es que la constancia todo

Conditions de la circulation

Le présent document est le fruit d'un travail de recherche et de réflexion mené par un groupe de personnes compétentes dans le domaine. Il a pour but de fournir des informations précises et objectives sur les conditions de la circulation, en tenant compte des évolutions récentes et des perspectives futures. Les données présentées sont basées sur des sources fiables et ont été vérifiées soigneusement. Ce document est destiné à servir de référence pour les professionnels du secteur, les décideurs politiques et le grand public. Il est important de noter que les conditions de la circulation sont en constante évolution et peuvent varier considérablement d'un pays à l'autre. Les lecteurs sont encouragés à consulter les sources officielles pour obtenir les dernières informations et à adapter leurs pratiques en conséquence. Ce document est une œuvre de synthèse et ne constitue pas une recommandation ou une garantie. Les auteurs et les éditeurs ne sont pas responsables des conséquences de l'utilisation de ces informations.

Condiciones de la suscripcion.

Esta obra se publicará por entregas de 16 páginas de impresion clara, hermosa y compacta en 4.º marquilla papel superior. Cada dos entregas se repartirá una preciosa lámina litografiada y tirada á dos tintas.

La obra constará de unas cuarenta entregas. Las que escedan de este número se darán gratis á los señores suscritores.

Se publicará al menos una entrega semanal.

El precio de la entrega para toda España será de UN REAL de vn. que se satisfará en el acto de recibirla.

La correspondencia y reclamaciones deberán dirigirse en carta franqueada á su administrador *D. I. L. Bernagosi*, calle del Arco del Teatro, n.º 16.

BARCELONA
LIBRERÍA DE DON SALVADOR MANERO,

PLAZA DEL TEATRO N.º 7.
(al lado del correo.)

1838.